



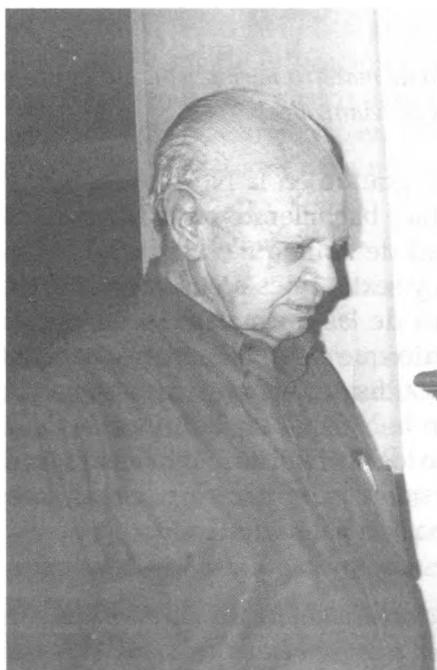
Boucher, *La educación de amor*, 1742. Berlín. Staatliche Museen

**ENTREVISTA AL MAESTRO
RÓMULO NARANJO**

Entrevistadora: Marina Quintero Q.

ENTREVISTA AL MAESTRO RÓMULO NARANJO

*Entrevistadora: Marina Quintero Q.**



Beneficiado por la sabia influencia de Miguel Roberto Tellez, Conrado González Mejía y Nicolás Gaviria Echavarría -insignes maestros de mediados del siglo XX, reconocidos tanto por la historia de la pedagogía nacional como por la genialidad de pensadores decisivos para la historia académica del país, como Estanislao Zuleta, Gonzalo Arango y Mario Arrubla-, el maestro Rómulo Naranjo ha aportado significativamente a la educación y a la cultura de Antioquia, desde diversas posiciones: como rector de prestigiosos liceos del departamento, en los convulsionados años cincuenta, fortaleció sus nacientes bibliotecas y con su privilegiada inteligencia condujo las men-

tes jóvenes de sus discípulos al descubrimiento de los grandes escritores colombianos; como creador y director del Departamento de Humanidades de la Universidad de Medellín, fundó la Asociación Nacional de Profesores de Español y Literatura, desde donde promovió seminarios y congresos en importantes ciudades del país, actividad que, luego de once años continuos, fructificó en el diseño del programa de Licenciatura en Educación, Español y Literatura, semilla de la Facultad de Educación del prestigioso claustro académico; y como maestro, ha dedicado cuarenta y ocho años de su existencia a la enseñanza de la literatura, en una experiencia vital donde maestro y discípulos han caminado, sin detenerse, al encuentro humanizante y renovador de la expresión estética del lenguaje.

¿Cómo nació su pasión por la literatura?

Se la debo a un profesor muy querido, entrañable, don Javier Gutiérrez Villegas. El fue para mí, en mis años de estudiante de secundaria, un guía. Yo cursaba los primeros grados de Normal y un día me dijo: «Naranjo, léase este libro y me cuenta cómo le fue con él la próxima semana». Robinson Crusoe fue el primer libro que leí y definitivamente, me determinó.

¿Qué le impacto de él?

A esa edad, el espíritu de aventura está a flor de piel. Por ello me apasionó. Entonces, el

* Profesora Universidad de Antioquia. Facultad de educación.
Dirección electrónica: marinaquintero66@lantinmail.com

profesor me dijo: «Le voy a prestar otros libros del mismo estilo». Así leí toda la obra de Julio Verne. Lo valioso para mí de esta experiencia fue que don Javier se preocupó por examinarme para saber si había leído y comprendido. Era una lectura extraclase, voluntaria, no impuesta. A la sombra de su amable dirección debo mi pasión por la lectura.

¿Y conversaban de los libros?

Sí, muchísimo. Él fue mi gran director intelectual. Hace unos años me dieron un *Honoris causa* en la Normal Superior de Medellín. El discurso, en gran parte, se lo dediqué a él.

Tengo entendido que usted permaneció interno en la Normal de Manizales durante algunos años. ¿Cómo era la vida de los jóvenes en ese claustro académico?

Era una vida alegre, optimista, de compañerismo; vivíamos en un ambiente campestre. En aquellos años, la ciudad aún no se había trepado en los cerros, donde se levantaba su bello edificio. Pero lo mejor de la Normal eran sus maestros: Miguel Roberto Telles, Conrado González Mejía, Alfonso Mora Naranjo, Nicolás Gaviria. Los máximos educadores de Antioquia fueron mis maestros en la Normal.

¡Extraordinario, don Rómulo! Don Miguel Roberto Telles y don Nicolás Gaviria fueron, en la década del cincuenta, decanos de la naciente Facultad de Educación de la Universidad de Antioquia. Cuéntenos cómo era la relación suya con ellos.

De profunda admiración y respeto; conservábamos la distancia debida. El mayor acercamiento, sin lugar a dudas, lo viví con el profesor Javier Gutiérrez Villegas, mi orientador y consultor.

¿Compartió usted con él asuntos de índole personal?

Nos unían intereses fundamentalmente académicos. Sin embargo, como él sabía que yo

era oriundo de Salamina, Caldas, una comunidad tradicionalmente culta -allí han nacido los intelectuales caldenses-, el profesor, con alguna frecuencia, me tocaba el tema de sus construcciones arquitectónicas -que son patrimonio cultural declarados por la UNESCO- y de sus intelectuales Tomás Calderón, Jaime Mejía Duque, mis ilustres paisanos.

El título de maestro normalista, ¿se lo concedió la Normal de Manizales?

No. Me gradué en la Normal de Medellín y luego hice bachillerato en el Liceo de la Universidad de Antioquia; ahí cursé los grados quinto y sexto, pues en esa época el plan de estudios de las normales era de cinco años. Recuerdo que debí validar muchas materias -química, física...-, porque la intensidad horaria en la Normal era inferior a la del Liceo. Por esto los normalistas no tenían entrada a la Universidad; para hacerlo, debían acceder a la formación del bachillerato.

Titulado como bachiller y como normalista, ¿qué lo sedujo en esos momentos decisivos: el ejercicio del magisterio o los estudios universitarios?

Bueno, digamos que de alguna manera las dos cosas. Pero yo no me inicié en el campo educativo como docente. Primero fui administrador. Dirigí tres liceos grandes de Antioquia: el Juan de Dios Uribe, de Andes; el San José de Jericó, y el Efe Gómez, de Fredonia. Y en 1959 me vinculé al Instituto Jorge Robledo como coordinador de bachillerato.

¿Y cómo, siendo usted tan joven y sin experiencia, logró tan altas designaciones?

Eso se debió a una particular circunstancia: yo ingresé a la Facultad de Derecho de la Universidad de Antioquia en 1953. Ahí conocí a Conrado Giraldo Palacio, compañero de estudios, quien era el Subdirector de Educación en el Departamento de Antioquia. Recuerdo que un día cualquiera, estando en la cafetería,

le dije: «Conrado, voz sabes que soy maestro, conseguime unas clases». Y a los dos días me ofreció la rectoría del Colegio de los Andes, el más importante de Antioquia. De inmediato pensé que aceptarle significaba dejar la Facultad. Sin embargo, no dejaba de ser una oferta tentadora, más aún cuando en esos días tenía firmes planes de matrimonio y necesitaba un trabajo. Así fue que acepté el cargo y me fue bien. En la Secretaría de Educación confiaron en mí y me fueron dando gusto cuando pedía los traslados. Renuncié en Jericó en 1954, para retornar a la Facultad a continuar mis estudios de derecho.

Yahí los asuntos jurídicos acapararon su atención.

No totalmente. Resultó que empecé a visitar con mucha frecuencia la biblioteca Santander, porque su director, Bernardo Blair, era mi amigo y compañero de estudios. En la biblioteca, que quedaba cerca al edificio San Ignacio, preparábamos los exámenes. Ahí fue donde conocí a Estanislao Zuleta, por mediación de Bernardo, de quien era muy buen amigo. Me impresionó mucho su juventud. No tendría más de veinte años. Era cegatón, usaba gafas oscuras de lente grueso. Entonces ahí surgió la idea. Zuleta dijo: «Yo tengo un grupo de amigos con quienes conversamos de literatura en el café Miami o en Versalles». «Pero ese no es lugar para una tertulia literaria», dijo, entonces, Bernardo y ofreció un salón en la biblioteca. A partir de ese día comenzó a llegar la gente: Gonzalo Arango, Delimiro Moreno, Mario Arrubla, Luis Mejía García, Iván Garcés Mesa -quien era médico oftalmólogo-. Así se conformó el grupo literario Porfirio Barba Jacob (pues este era el poeta que a todos nos tocaba el alma). Iniciamos con tareas. A Luis Mejía, que había escrito sobre el arte precolombino, se le asignó una exposición sobre el arte prehispánico, y así fuimos desarrollando tareas que resultaron modestas al lado de las exposiciones realizadas por Zuleta. El, además de su inteligencia precoz, lúcida y asombrosa, tenía muchas ventajas sobre nosotros. Su padre fue un destacado escritor

-Fernando González le dedica la obra *Cartas a Estanislao*- y de él heredó una buena biblioteca -recurso con el que ninguno de nosotros contaba; si acaso, disponíamos en casa de un diccionario-, Zuleta nació el día en que su padre murió accidentado en el avión en el cual también murió Gardel en 1935. Creció huérfano, pero en un ambiente de cultura y reconocimiento a las realizaciones de su padre.

La familia Zuleta vivía en el tradicional barrio Prado, en una hermosa casa. Su madre, una mujer bellísima, de las más bellas de Antioquia, aún vive. Tenía una hermana, Nena, también bellísima. Yo visitaba su casa atraído no sólo por la amistad de Zuleta, sino por el deleite que me generaba aquella belleza.

A Zuleta jamás le gustó la escuela. Sus comentarios al respecto eran agrios. A sus hijos no los quiso matricular, lo cual generó serios conflictos familiares, pero él lo defendió como un principio. Cuando estaba matriculado en la Universidad Pontificia Bolivariana, simulaba que asistía a clase y se entraba a un café a leer. Así leyó la obra de Dostoievski, de Kafka, de los grandes autores universales. Cuando nosotros, en la tertulia, no habíamos pasado de Guillermo Valencia y de Porfirio Barba Jacob, él ya volaba con Nietzsche, Freud, Marx... su superioridad sobre el grupo era ampliamente notoria.

Viene luego una orientación hacia lo político. Zuleta y Arrubla se consagran al estudio de Marx. Zuleta, quien había leído a Hegel, entendía muy bien a Marx. Y así fueron entrando a la mili tanda comunista. Es entonces cuando le ofrecen a Zuleta un viaje a Moscú y se va con el poeta Oscar Hernández Monsalve -el escritor de "El papel sobrante" en *El Colombiano*-. Estuvieron en Moscú dos meses y de regreso a Colombia, pasaron por Estados Unidos. Cuando llegaron a Medellín, Iván García y yo los recibimos en el Olaya Herrera y ya en el taxi le dije a Zuleta: «Hombre, ya fuiste a Moscú y a Estados Unidos; definime en una palabra la diferencia de esos dos sistemas».

-«Sí. La tengo aquí, en la punta de la lengua», me respondió, «Rusia es la justicia sin libertad y Estados Unidos es la libertad sin justicia» ¡Ah! ¡Hágame el favor! ¡En la punta de la lengua!

Me asombra que conserve usted el recuerdo fiel de esa respuesta, contundente por lo demás.

Sí, fielmente. Eso me lo dijo en el taxi.

Mantuvimos la tertulia durante unos siete u ocho años. Luego todos nos fuimos dispersando. Yo me fui para Andes y cada uno tomó su camino. La tertulia fue muy productiva intelectualmente. Nada más importante me ha pasado a mí que la amistad de Zuleta y ese grupo de personas.

¿La inteligencia de Zuleta lo movilizó, lo retó?

Sí. El fue precozmente genial. Lúcido como nadie. Un hombre con el don de la conversación, con un profundo sentido del humor, de la ironía, virtudes de toda inteligencia superior. Era apasionante escucharlo analizando *La náusea*, de Sartre, un libro del que muchos nos habíamos quitado varias veces. El, en cambio, con claridad y profundidad, nos fue conduciendo al sentido de la angustia y del absurdo, los elementos esenciales del existencialismo. A ese grupo le debo haber ahondado en mis conocimientos que, en esa época, eran muy empíricos y generales, y encontrar criterios de selección para abordar la literatura.

Entonces su vida intelectual está marcada por dos hitos: sus maestros y el grupo de la tertulia.

Sí, mis maestros y la tertulia.

Tengo entendido que en 1960 usted se vincula a la Universidad de Medellín por invitación del rector

de la época, el doctor Eduardo Fernández Botero, y que él le asigna la tarea específica de diseñar el Departamento de Humanidades. ¿Estoy en lo cierto?

Sí, esa fue una gran responsabilidad que logré sacar adelante.

¿Cómo le asignan a usted una tarea tan definitiva para la institución, siendo tan joven?

No lo era tanto. Tenía treinta años y alguna experiencia en el campo de las letras.

¿Quiénes fueron sus interlocutores en el desarrollo de esta gran responsabilidad?

Personas que desde esos tiempos yo he admirado muchísimo. El profesor José Barrientos, Leonardo Arango, Hugo Guarín, Jorge Pineda. El profesor Jairo Gómez,¹ quien fue mi maestro siendo yo rector en Fredonia; él me ayudó muchísimo, siempre me ha ayudado, siento por él una gran estimación. Con esas personas compartí mis inquietudes.

¿Usted dirigió el Departamento?

Sí, entre 1964 y 1975. Fue una institución muy importante. A través de ella fundamos la Asociación Nacional de Profesores de Español y Literatura, ACOPEL. Realizamos más de veinte congresos en diferentes capitales y ciudades del país, y como fruto de este trabajo, presenté, en uno de los congresos, el proyecto del Programa de Licenciatura en Educación, Español y Literatura. Dos miembros de la Real Academia de la Lengua, el doctor Rafael Torres Quintero y el profesor Luis Florez, se encargaron de estudiarlo y analizarlo. Luego de algunas observaciones, recomendaron a la Universidad de Medellín su apertura. Ese fue el germen de su Facultad de Educación.

1. Decano de la Facultad de Educación de la Universidad de Antioquia, entre 1972 y 1974.

¿Los primeros cursos de literatura los sirvió usted en la Universidad de Medellín?

No, yo fui primero profesor de literatura en el Instituto Jorge Robledo, en la Universidad Pontificia Bolivariana y en la Universidad de Antioquia. En los últimos treinta años me he desempeñado como profesor en la Universidad de Medellín y en la Nacional.

Se acerca usted a sus cincuenta años de magisterio, don Rómulo; en esta larga experiencia, ¿qué le ha apasionado del ejercicio magisterial?

El poder llegar a los alumnos sin muchos alardes ni abstrusas teorías. Reconozco que estoy muy lejos de poseer la competencia de profesores como Augusto Escobar o Federico Medina.² Ellos son más académicos, dijéramos más estructurados. Sin embargo, tengo un no sé qué, que me permite una comunicación muy clara con mis alumnos. Logro que ellos disfruten la obra y la incorporen a su acervo cultural.

¿Usted logra que se alcance ese disfrute mediante alguna estrategia en particular?

Hay muchas formas de abordar un texto literario. Una, es dejar que la obra vaya atrapan-do al lector o lo vaya cansando hasta abandonar la lectura. Esa primera impresión es definitiva. Luego viene una lectura analítica e interpretativa y ahí sí son necesarios los elementos teóricos y los distintos modelos de análisis. Por ejemplo: para conocer los elementos del texto, la estructura de la obra, hay que acudir necesariamente al estructuralismo; para

acceder a los sentidos, hay que conocer la semiótica. Una obra como *El Quijote* se presta a ser leída desde muchas perspectivas. Bajtin nos ayuda a desentrañar los aspectos carnalescos. Hay teorías que se prestan para unas obras y que para otras no son pertinentes.



Honoré Daumier, *Don Quijote* hacia 1868. Munichs

¿Pero, el enganche está en la primera lectura?

Sí, claro, es lo que de alguna manera llamamos "el placer del texto".

Y para ese enganche, ¿cómo influye usted en sus alumnos?

Bueno, yo les ambiente la obra en la época en que se produjo, doy alguna información sobre el autor y propongo trabajarla ya sea por temas, por motivos, por elementos espaciales y temporales, etc. El profesor Leonardo Arango decía, para fregarme la vida, que yo era un expositor impresionista, un encantador de serpientes. De verdad que a mí me da pena con algunos alumnos míos que han estudiado a fondo, con rigor y disciplina la literatura: Mauricio Vélez, Clemencia Ardila, Sonia López, Juan Fernando Agudelo, Stella Girón,

2. Augusto Escobar. Profesor del área de Literatura de la Universidad de Antioquia. Especializado en Burdeos. Escritor de obras sobre autores como Mejía Vallejo, Arturo Echeverry Mejía, César Uribe Piedra hita, Tomás Carrasquilla, entre otros.

Federico Medina. Profesor titular de la Universidad Pontificia Bolivariana. Realizador de trabajos sobre el género de la telenovela.

Cesar Muñoz,³ etc., que son tan brillantes, pues yo no conozco con tanta profundidad los elementos teóricos que ellos manejan y trabajan con propiedad.

Ellos aprendieron con usted lo básico y continuaron su propio camino.

Siguieron sus estudios, sus especializaciones, maestrías, doctorados. Han escrito sus libros. Me superaron hace mucho rato.

¿Cómo se siente con ello?

¡Muy satisfecho! Esa es la función del maestro. Es edificante encontrarse con los alumnos convertidos en autoridades en la materia. Bueno, y tengo la fortuna de que todos ellos son muy gratos conmigo. Mantenemos relaciones muy cariñosas y respetuosas.

¿Ellos lo buscan?

Sí, me llaman, me dedican sus libros, me colaboran con la revista *Contextos* que yo dirijo.

El hecho de que sus alumnos reconozcan en usted al maestro, que vuelvan donde usted, que no lo olviden, significa que no es necesariamente el manejo profundo de las teorías lo que lo ubica en el lugar de maestro; que hay algo más, algo que es de otro orden.

Sí, lo afectivo no puede estar por fuera de esta relación. Ellos me consideran su maestro y son

muy generosos cuando se refieren a mí. Mis relaciones con los estudiantes han sido siempre de una gran afectividad, no siendo por ello un profesor "madre". ¡No! Sin ser muy exigente, no tolero la mediocridad. He sido muy afortunado en mis cuarenta largos años de docencia universitaria. Jamás he sido objeto de un desplante o de alguna agresión.

Las personas que lo conocen siempre lo relacionan a usted con el Quijote. ¿Por qué?

Es una filiación por influencia de un gran profesor de literatura, de origen español, donjuán de Garganta. Auspiciado por el Ministro de Educación y por el Instituto Caro y Cuervo, se organizó un seminario de dos años dirigido por el profesor Darío Mazo Gómez⁴ y por Juan de Garganta, al cual asistí regularmente. Esta fue una decisión importante en mi vida. Yo estaba matriculado en la Facultad de Educación de la Universidad de Antioquia -en aquella época el programa era de dos años-, pero no terminé los estudios, pues choqué con la limitación académica de algunos profesores. Recuerdo que teníamos un curso de literatura española con el poeta Jorge Montoya Toro y él se circunscribió a san Juan de la Cruz; se quedó en la mística española y no dio cuenta de las demás perspectivas. Entonces, hastiado, abandoné la facultad y me matriculé en aquel curso especializado. El profesor De Garganta, catalán, era enemigo de Franco. Se vino a América huyendo de su persecución. Detestaba al dictador, tanto que cuando en el lenguaje espontáneo uno le decía «para serle fran-

3. Mauricio Vélez se desempeñó como decano de humanidades en Eafit. Escritor con enfoque sociocrítico.

Clemencia Ardila: coordinadora del área de literatura en Eafit. Directora de la especialización en hermenéutica literaria. Trabajos sobre narrativa.

Sonia López: Directora de la especialización en semiótica de la interacción comunicativa y coordinadora en pregrado de la ruta de estudios comunicativos de Eafit.

Juan Fernando Agudelo: coordinador de la asignatura hombre y lenguaje. Profesor de la especialización en semiótica de Eafit.

Stella Girón: profesora de la Universidad de Antioquia en áreas de literatura colombiana y poesía. Trabajos sobre José Asundón Silva.

César Muñoz: profesor jubilado de la Universidad de Antioquia. Trabajos sobre lingüística y morfosintaxis.

4. Darío Mazo Gómez. Lingüista con estudios en Europa. Discípulo de Ferdinand de Saussure.

co profesor, yo creo que...», él inmediatamente interpellaba: «No me diga franco, dígame sincero, o de otra manera, pero no me diga franco». ¡No toleraba tan siquiera la palabra! El llegó al país con su hermano Miguel, naturalista, botánico, hombre sabio en su campo, ejerció como profesor de ciencias naturales en la Normal. Juan era el humanista. Nos dio a profundidad una visión de la literatura española. Pasaban tres y cuatro semanas y él ahondando en un tema, por ejemplo, en el Arcipreste de Hita, poeta castellano, o al llegar al Siglo de Oro, Calderón y Lope de Vega. Un año o más se estuvo en Cervantes. ¡Que manera de estudiar a Cervantes! ¡Cómo se metió en su lectura! Cada día debíamos leer dos o tres capítulos y él hacía en el tablero esquemas por motivos, por temas...

Era versátil

Si, versátil... y ¡gozaba con el Quijote!⁵ Eso fue contagioso. A todos nos contagié, claro que de ese grupo sólo doña Lucila González y yo continuamos con la tarea de seguir profundizando en Cervantes. Así fue como en la Facultad de Educación de la Universidad de Medellín, en un curso de literatura española que serví, comencé a recordar mis aprendizajes con el profesor De Garganta y decidí llevarlos a la práctica con mis estudiantes y la cosa me fue resultando. Recuerdo que una alumna, consentida mía, casi me hace perder los estribos porque, cuando les anuncié que tenían que leer la primera parte del Quijote, dijo: «Ah pereza ese libro tan jarto y aburridor». De inmediato le dije: «No te tiro por esta ventana porque te matás». ¡Eh, ave María! Todo lo contrario de lo que es el Quijote: una obra graciosa, festiva, alegre... A partir de esa experiencia con el Quijote, comencé a desarrollar el contexto del Siglo de Oro. De él partía todo: el idealismo, el realismo, la picaresca, la dramática. Fundamenté la lectura en tres grandes temas: el amor, la locura y la muerte. Así, el

Quijote se fue vinculando a mi vida. A todos los conocidos, familiares y exalumnos que viajan a Europa les digo: «donde veas una figurita del Quijote, asóciala conmigo y me la traes». Es así como tengo una buena colección.

He leído casi todo lo que se ha escrito sobre el Quijote: Savater, Ritcher, Marthe Robert, Vladimir Nabokov, Camilo José Cela, Unamuno, Azorín, Ortega y Gasset... bueno, estoy exagerando, porque hay más de cuatro mil libros sobre Cervantes en distintos idiomas. Del instituto Cervantes leo *El anuario*. Un exalumno mío, Nicanor Vélez, director de la parte cultural del Círculo de Lectores en España, me envió el año pasado un compacto con todas las obras de Cervantes.

A propósito, hace poco me mudé, de mi casa grande, a un apartamento, lo cual me obligó a prescindir de casi toda mi biblioteca particular. Mis libros fueron a enriquecer la biblioteca Eduardo Fernández Botero, de la Universidad de Medellín, que tiene todos mis afectos; eso sí, ¡ninguno de los autores que hablan del Quijote!

¿Qué lleva usted del Quijote a sus alumnos? ¿Qué les ha entregado?

Dice Leo Spitzer que el Quijote es una obra para niños porque es una lectura ejemplar. Y así es. De cada uno de los episodios del Quijote se desprende una gran enseñanza moral; en ella resplandecen los grandes valores humanos: la justicia, el amor, la libertad, la verdad... Es una lectura constructiva. Muestra los grandes ideales de la Edad de Oro, el sueño de una sociedad donde todo sea de todos, de la solidaridad humana, de la convivencia, de la fraternidad, del desinterés, de la hidalguía, del señorío, del espíritu quijotesco que busca enderezar entuertos, defender doncellas, proteger desvalidos.

5. En adelante se conserva la grafía de la forma oral